

da lugar a que en nosotros, sus habitantes, sí pase algo, aunque, por el momento, ese algo no se traduzca en una modificación del entorno. Es decir, aunque por el momento se esté más cerca de Rimbaud que de Marx.

Dejando aparte la campaña publicitaria con que «El gran momento...» ha sido lanzada al mercado (triquiñuelas editoriales) y los epítetos que se le han aplicado para convencernos de que se trata de una obra de «incalculable importancia» para la novela española contemporánea (con lo cual no se hace sino sumarla en un confuso montón junto con otros doscientos títulos), creo que «El gran momento de Mary Tribune» es, al mismo tiempo, el gran momento de Juan García Hortelano, un novelista de andadura coherente, capaz hasta el presente de sortear los maniqueísmos de la mal llamada literatura comprometida, y que ha sabido darnos una obra madura y completa, alejada por igual de la precipitación y los modismos. ■ MARTIN VILUMARA.

Muerte en España

Las crisis de subsistencias y las epidemias afectan a la evolución de la sociedad española hasta bien avanzado el siglo XIX. Según ha puesto de relieve Nicolás Sánchez Albornoz, la supervivencia en España de las formas de economía de subsistencias es manifiesta hasta la crisis de 1868, con un marcado desfase respecto a las economías europeas más desarrolladas. Hasta entonces, las carestías y escaseces periódicas —como la de 1847, «el año del pan a peseta» o la de 1856-57— afectaron a la demografía española en una magnitud que tal vez la recuperación de los estudios sobre historia de la población permitirá pronto precisar. Con el hambre, las epi-

demias completaban el cuadro de la miseria tradicional a la que se sobreponían las nuevas formas de explotación de las recién creadas zonas fabriles. Es el cuadro que (allí donde se ha conservado) la documentación de archivos municipales —casi en su totalidad por investigar— presenta bajo el epígrafe de «calamidades públicas». El cólera, la lluvia, la sequía, la paralización del comercio, creaban con frecuencia un ciclo trágico de la miseria obrera que puede explicar mejor que cualquier hipótesis esencialista la aparición de formas de violencia social posteriores.

Dentro de este marco aún vacío que es la historia social de nuestro siglo XIX, un lugar importante corresponde, pues, a la historia de las pandemias, correlato sanitario de las crisis alimenticias. Sobre su cambio de sentido y su persistencia en la España contemporánea había proporcionado un primer bosquejo interpretativo Jordi Nadal en su *Historia de la población española*. Ahora acaba de publicarse una nueva contribución al tema, con el libro de Mariano y José Luis Peset *Muerte en España (política y sociedad entre la peste y el cólera)* (1), que ofrece un estudio de las grandes epidemias que afectan a España en las décadas de cambio de la sociedad del Antiguo Régimen al orden liberal. En primer lugar, un análisis de las epidemias de fiebres tercianas en el área mediterránea, estudio regional centrado en el área de Valencia, poniendo de relieve la conexión entre cultivo arrocerero y fiebres. Es tal vez la aportación positiva mayor de *Muerte en España*. Mariano y José Luis Peset cumplen en cierto modo el consejo que ya a fines del XVIII, para estudiar la rela-

(1) En la «Colección Hora» de Seminarios y Ediciones, S. A. Madrid, 1972.

ción entre arroz y tercianas, diera el botánico Cavanilles: acudir a los registros parroquiales y, contrastando los estados de población, medir el efecto de las fiebres en las zonas arroceras. La epidemia produjo alteraciones, no sólo demográficas, sino incluso en áreas de cultivo, eliminando el arroz de las zonas Norte y Oeste de Valencia, tras el período de auge que culminara a mediados del siglo XVIII. La reacción de las autoridades no logró eliminar un problema inseparable del género de cultivo, cuyo coste en vidas aún denunciaba inútilmente Pedro Felipe Monlau a mediados del XIX.

Al estudio de las tercianas sigue el de la fiebre amarilla que visita Cádiz, a partir de agosto de 1800. «Durante cinco años, Andalucía no logró librarse de la enfermedad. Por brotes, fue diezmando sus habitantes, extendiéndose paulatinamente hacia el Levante español», y vinculándose en 1803-4 a dos cosechas catastróficas. Reaparece entre 1810 y 1813 y sólo respecta el país en el período de Gobierno absolutista de Fernando VII.

Como epílogo, reseñan Mariano y José Luis Peset la aparición del cólera morbo en los años 1830. Su vía de penetración fue otro puerto, el de Vigo, en enero de 1833. El sector más endeble del libro, ciñéndose los autores a apuntar su importancia en las décadas centrales del siglo. Las fuentes cuantitativas, empezando por los estados que recoge la *Gaceta de Madrid* de morbilidad por provincias, esperan un ulterior aprovechamiento. ■ ANTONIO ELORZA.

Harry Dickson, empedernido fumador

Con ánimo de aproximación a eso que se ha

dado en llamar subliteratura, me he leído las tres primeras novelas de la serie «Harry Dickson». Un vistazo a la cuarta me persuadió a interrumpir mi labor; las razones del gusto (ya más que amenazadas) se veían abocadas al estupro, cuando no a la tristeza: hay cosas que están bien para la revolución y la crítica, pero que resultan fatales para el lector bien educado.

Pues bien, en pocas, poquísimas ocasiones me había yo topado con una cosa (llamémosle «detectivesca») tan absolutamente insípida. ¿Qué ha pasado con el olfato del responsable? Una cosa es el pliego de cordel y otra, pero que muy otra, el folleto para badulaques. De las dos primeras (*El canto del vampiro* y *La Banda de la Araña*) sólo sacamos una conclusión: Harry Dickson fuma en pipa. Porque que piensa se nos dice, pero no se nos muestra. A esto se puede añadir que tiene un secuaz particularmente gris y bobalición y un despacho en Baker St. (¡Hombre! ¡Ya no se respeta nada!) En la segunda de las novelas se nos plantea un único interrogante: ¿Cómo aparecen, consecutivamente, las diez arañas de plata niquelada sobre la mesa del «detective más famoso del siglo», que, a pesar de su acecho, no se entera de la misa la media? Pues lo que a uno le interesa en el género no es la cantidad de criminales que pululan por los países industrializados o en trance de, sino la resolución brillante y áirosa (cuando no sugestiva) de sus trucos y argucias, o la trabazón en pugna psicológico-deductiva del sabueso y el delincuente. Inútil, al autor —Jean Ray, prolífico escritor que, al parecer, goza de una cierta audiencia transpirenaica— se le olvida solucionar el problema que planteó. Claro, que al ser francés el fulano y del sexo femenino el delincuente, el celar los recursos de la dama quizá constituya una

muestra de galantería que al lector misógino sólo produce irritación.

Pero en la tercera novela (*Los espectros-verdugos*) nos enteramos de más cosas. Harry Dickson es delgado y alto, con aspecto grave y austero; su secuaz tiene algo de saltimbanqui y volatinero, pesa poco (un alero de zinc basta para sostenerle, no así a su perro) y manifiesta una cierta debilidad hacia los animales. No tanto su patrón, quien,



bajo la afirmación la ley del talión no me disgusta del todo, permite que desuellen vivo a un delincuente una vez atrapado por las fuerzas del orden. Sin embargo, este Dickson no deja de tener su corazoncito, por lo que, al cabo, protagonizará con su rival, Georgette —casi un homenaje a la vaca de la que estaba enamorado Buster Keaton («vide» poema de Alberti)— Cuvelier, uno de los romances más ridículos del género, únicamente digno de Luisa Alberca.

Es muy probable que esta serie se convierta en un éxito popular (por aquello de que, claro, en este país todo se compra, todo se vende, todo es pura mercancía —vide canción de Jesús Muñarriz—, cosa que nos congratularía a todos, pues facilitaría a la editorial la financiación de otro tipo de obras con las que no sufrir tanto desdoro, y, una vez cumplida su misión, ahorcar al detective, meter en salmuera a su inefable lugarte-

niente y —por aquello de la ley del talión tan simpática— resucitar a Georgette y casarla con Angel Palomino, o con Macarra (el de Hermano Lobo, que no todo han de ser lamentaciones).

Ante bodrios de esta especie —cuyo carácter de tales hace resaltar el esmero puesto por los traductores en su trabajo— uno no puede por menos de recordar la calidad de novelas de series como *El Coyote* o *Dos hombres Buenos*, cuyo autor se vio atacado en vida y en varias ocasiones —con tanta injusticia como sinrazón— por los apasionados de la sociología literaria. Donde Mallorquí ponía emoción, pasión, cariño por los personajes, estudio de las psicologías, erudición histórica, estudio del ambiente y de las costumbres, conocimiento del tema, dominio de la técnica, amabilidad y un cierto sentido de la parábola y de la ironía de las cosas, Jean Ray (en la serie que nos ocupa) únicamente coloca banalidades, esquemas pueriles, trucos de vodevil arrevestido y algún comentario chusco sobre las novelas de «seis peniques». ¡Oh! La mala conciencia, ámbito feliz en el que toda conciencia halla jergón, coberter y hasta calor negro.)

Si los folletos de esta serie —cuyo comentario quizá resulte algo prolongado y eufemístico— son novelas, Salgari y S. S. van Dine fueron los fundadores de Tel-Quel. ■ CHAMORRO.

Un homenaje a William L. Fichter

La Editorial Castalia ha publicado un voluminoso tomo en el que se recoge una serie de «Estudios sobre el teatro antiguo hispánico y otros ensayos». El tema dominante es, en efecto, el de nuestros clásicos —Lope de Vega, en particular—, aunque no



Antiguas viajeras que vuelven a casa.

Estas botellas de jerez,
del siglo XVII, han sido
encontradas en un
castillo de Escocia.

Ahora están en España,
en poder de las Bodegas
Zoilo Ruíz-Mateos, S. A.

Como reliquia,
como documentación,
como orgullo.

En ellas, en su contenido,
en su fragancia,
está latente la calidad



(Producción limitada)

y la nobleza de un género
único en el mundo:
el jerez.

Con la misma
dedicación que se ponía
entonces en su
elaboración,
Zoilo Ruíz-Mateos, S. A.
produce hoy los vinos
"Don Zoilo".

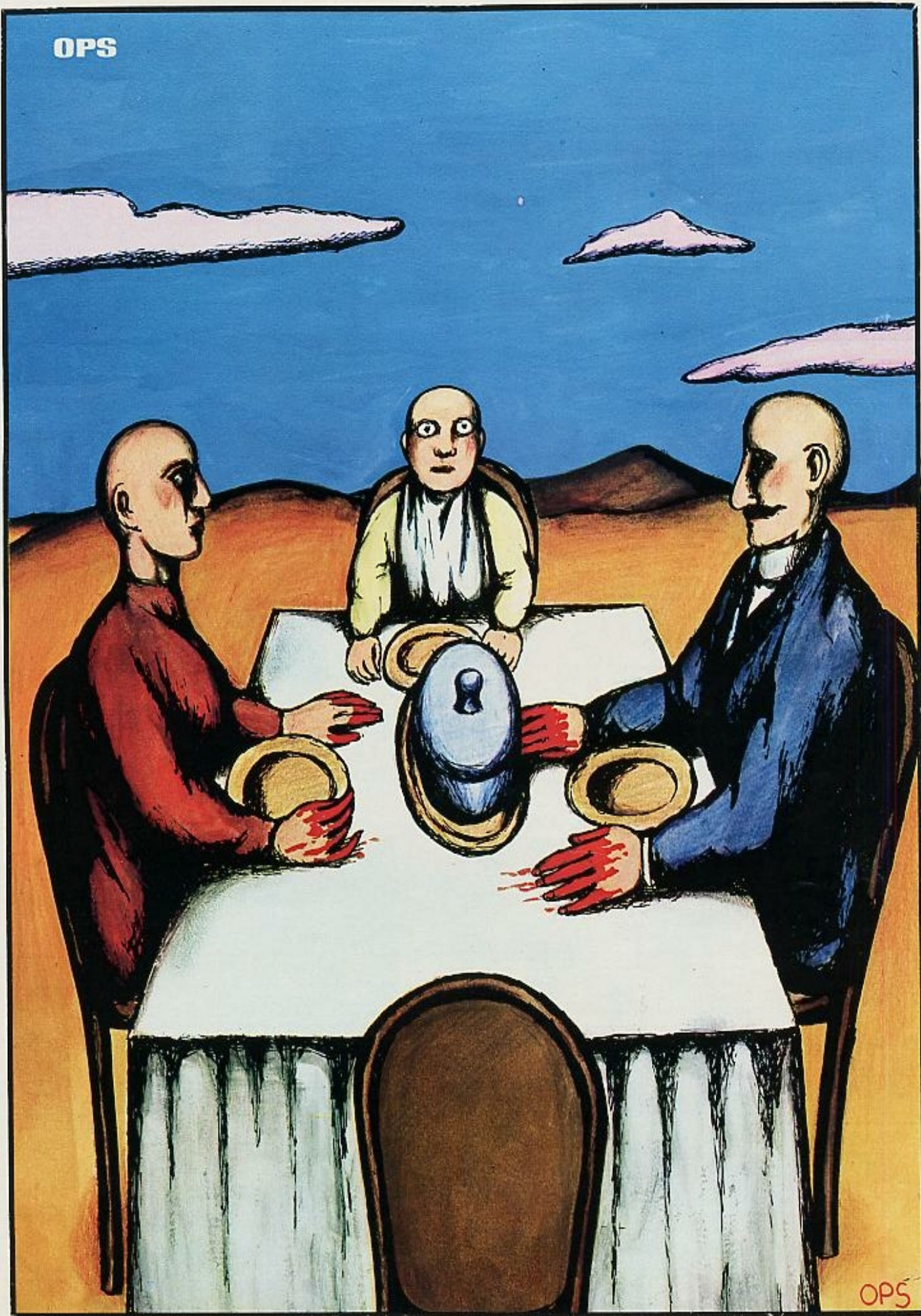
Para que dure siglos.
Para continuar con la
tradicción.



ZOILO RUIZ-MATEOS, S.A. JEREZ



OPS





La calidad bien entendida...

... empieza por uno mismo.
Beba Etiqueta Negra 103.

Bobadilla y Cia. Jerez

BRUT ZERO

seco...completamente seco

CASTELLBLANCH BRUT ZERO. Un compromiso con usted, que sabe de BRUT ZERO



Castellblanch

arte en su copa

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

falten los trabajos que justifiquen ese «y otros ensayos» —por ejemplo, el dedicado a Valle Inclán, que aparece en el título del libro—.

No existe ninguna sistemática previa, en tanto que se trataba de recoger unos trabajos independientes entre sí. El volumen se plantea como un homenaje a William L. Fichter, destacado hispanista, con motivo de cumplir sus ochenta años.

El libro, aparte del valor y la erudición de una gran parte de los ensayos reunidos, tiene el interés de reafirmar la categoría de los estudios hispánicos en la Universidad norteamericana. No hace mucho han aparecido en España sendos y amplios volúmenes consagrados al teatro de Valle y al de Unamuno escritos por dos profesores de aquella Universidad. Este homenaje a William L. Fichter resulta, en este aspecto, abrumador. Y confirma la vastedad de una investigación literaria, difícilmente imaginable en el marco de la propia vida cultural española. Es una de las paradojas que podrían conducirnos a comprender el punto en que se hallan dos sistemas culturales. Lo cual no excluye que, en ocasiones, a fuerza de buscar el «dato», los hispanistas americanos caigan en un tipo de erudición probablemente epidérmica y poco atenta a las interpretaciones de fondo.

El libro que nos ocupa, con setenta y un trabajos sobre diversos temas y un total de casi mil páginas, ha sido aglutinado en torno al nombre de William L. Fichter, profesor emérito de la Brown University, donde ha permanecido más de un tercio de siglo formando a numerosos hispanistas.

Imposible, dado el carácter asistemático del libro, asomarse a esos setenta y un trabajos,

cada uno de los cuales reclama un comentario independiente. ■ J. M.

Francia: Goncourt y Renaudot

PARIS.—Jean Carrière, nacido en Nîmes hace cuarenta años, hijo de un director de orquesta, y ya galardonado en 1968 con el premio de la Academia Francesa por su primera novela, «Retorno a Uzés», acaba de obtener el Goncourt por su segunda obra, titulada «El gavián de Maheux».

Se trata de un relato sobre la miseria, la angustia y la soledad que acompañan a la desaparición de un mundo. El libro está basado en un hecho verídico sucedido en ese lugar inhóspito que es el macizo montañoso del Sur de Francia, Las Cevenas. Allí, en un escenario de desolación, viven aún algunas familias de hugonotes, olvidadas y marginadas desde la revocación del Edicto de Nantes y la masacre de la Noche de San Bartolomé, hace cuatro siglos.

Una de estas familias, los Reilhan, permanecen en estas landas estériles luchando contra la tierra y los elementos —cualquier variación atmosférica es para ellos un cataclismo—, venciendo la tentación de la vida moderna en las ciudades próximas y viviendo en un estado casi salvaje e intemporal: se alimentan con castañas y leche de cabra; el médico acude a su aldea de Maheux dos o tres veces a lo largo de una vida humana —la última para certificar una muerte—, y el pastor sólo aparece para leer un pasaje de la Biblia ante un nicho cavado en la tierra. Estos hombres están trágicamente solos, no pudiendo siquiera encontrar «al Dios inaccesible del Antiguo Testamento» cuando más lo necesitan.

Sin embargo, un extraño lazo continúa uniendo a los Reilhan con esta tierra hostil. El patriarca de la familia, Abel Reilhan, a pesar de su estado casi vegetal y de no expresarse más que con monosílabos, se considera, de for-

ma inconsciente, heredero de una cultura que está desapareciendo. Después de la deserción de su mujer y de su hijo Samuel —que abandonará la aldea por la ciudad—, el viejo Abel admirará hasta la locura y la muerte este papel de apóstol y profeta.

Porque lo que se desprende del libro de Carrière es que los verdaderos amenazados por la civilización industrial no son los que desaparecen progresivamente, víctimas de este nuevo modo de vida, sino los que quedan y aceptan los postulados (por no decir valores) que esto implica.

Jean Carrière nos presenta, con la «traición» de Samuel y la sed de absoluto del viejo Abel, dos soluciones muy a menudo adoptadas ante dilemas semejantes: la evasión y el repliegue sobre sí mismo.

«El gavián de Maheux» es la otra faz de la Francia próspera y turística, la faceta del campo y de las minorías sacrificadas por el progreso. Escrita con un estilo sobrio y clásico, esta novela coloca a Carrière entre los primeros narradores que siguen esa tradición francesa cuyos representantes mayores son Giono y Ramuz (aun siendo éste suizo), enraizada en una realidad cósmica que sobrepasa y transfigura la novela regionalista.

Si Carrière ha vuelto resueltamente la espalda a la moda literaria actual y en particular a la parisina, tal no parece suceder —a primera vista— con el laureado del Premio Renaudot, Christopher Franck, autor de «La noche americana», título del libro galardonado.

En efecto, en él se encuentran todos los temas «snobs» y trillados: el reporter-fotógrafo que se enamora de la actriz que ha ido a fotografiar; la fauna intelectual de Montparnasse,

compuesta por escritores fracasados, economistas que incurren en el terreno de la filosofía, actores en busca de papeles, etcétera...

Todo este mundo se reúne en un café y allí, de pronto, nos encontramos con la soledad de todos ellos, que será, en definitiva, el principal personaje de la novela.

Púdicamente, a través de rápidos «flashes» que quizá deban algo a su formación teatral, Christopher Franck fue perfilando la verdadera naturaleza de cada personaje, quitándoles, al final, la máscara de orgullo, y dejándoles desnudos como gusanos ante el lector que no podía imaginar un final tan conmovedor tras una escritura tan ágil y desmenuada.

Nacido en Inglaterra hace treinta años, Christopher Franck estudió en Francia, y el francés es su primera lengua. Se dedicó primero al teatro, siendo ayudante de Roger Blin en la puesta en escena de «Los negros», de Genet. Ha escrito también dos obras de teatro, que se estrenaron en París: «La muerte de lord Chartterley» y «El vals». Últimamente había cambiado de vocación: se dedicaba a la fotografía y al periodismo. ■ RAMON CHAO.



Un festival de arte y ensayo

Un público heterogéneo, compuesto de turistas costeros, cinéfilos malagueños y escasos corresponsales de pren-

sa (española, al menos), ha visto desfilar ante sus ojos los 41 programas que han compuesto la IV Semana de Cine de Autor, de Benalmádena, celebrada durante los ocho últimos días, primera que dirige el realizador cinematográfico Julio Diamante, tras la dimisión de José Luis Guarnier, que ocupó el cargo tras los dos años dirigidos por Luis Mamerto López Tapia.

La Semana de Diamante y su grupo de asesores ha tenido notables cambios con respecto a las anteriores. En primer lugar, la ausencia de premios que hasta ahora habían singularizado esta Semana de Benalmádena, dado que el público asistente elegía la película ganadora, al margen de las decisiones del inevitable Jurado internacional. Según dice Diamante, esta desaparición es debida a que él considera que un premio festivalero es siempre injusto, aun cuando parezca todo lo contrario, ya que no es posible comparar igualmente películas cuya relación sólo existe en una proyección de festival. Por otro lado, el festival ha perdido también su «mostr» de cine «difícil», de títulos extraños, cuya visión al margen de él no resultaba accesible. En su lugar, la Semana de Benalmádena ha ofrecido una retrospectiva Mary Pickford, una selección «Panorama hoy», un homenaje a Argos Films y otra selección denominada CICAIE (Confederación Internacional de Cines de Arte y Ensayo), que es la única que otorga un premio entre sus películas. La semejanza entre todos los títulos presentados en la Semana (al margen de su interés, en general indiscutible) consiste en su pronta presentación comercial en España, en los circuitos de arte y ensayo. Por supuesto que no todas las películas benalmadenses serán

Tres premios literarios del Grupo «Mundo»

El Grupo «Mundo», que controla las ediciones DOPESA, ha lanzado tres premios literarios. El de ensayo Mundo, ya otorgado en años anteriores, premia ensayos periodísticos sobre temas políticos, económicos, sociológicos o culturales; extensión mínima de 150 holandesas, máxima de 200, a dos espacios y una sola cara; los trabajos pueden presentarse hasta el 1 de marzo y está dotado con 150.000 pesetas. El Manuel del Arco se destina a un conjunto de entrevistas de interés actual con personas relevantes, en dos versiones: publicadas o inéditas. Las publicadas deben presentarse en una colección de recortes, con volumen suficiente para componer un libro; las inéditas, en castellano, no podrán ser inferiores a 100 holandesas a doble espacio. El plazo de admisión termina el 31 de enero, y los premios son de 40.000 pesetas para cada serie. El Premio Joan Estelrich premiará con 150.000 pesetas una obra inédita en lengua catalana sobre temas periodísticos, literarios, musicales, crítico-históricos, biográficos, filológicos, en los cuales predomine el espíritu de divulgación. Pueden tener hasta 200 folios y estarán firmados con el nombre del autor o seudónimo habitual y reconocido. Los interesados pueden ampliar estas bases dirigiéndose al Grupo «Mundo», avenida Infanta Carlota, 123, 4.ª planta. Barcelona-15.